

be sin esfuerzo. Pero además de la necesidad física, muchas razones misteriosas exigían también aquella brillante iluminación. Encender lámparas cerca de los sepulcros era un uso común á todos los pueblos de la antigüedad, y este uso continúa observándose en la Iglesia católica. Muchos motivos lo habían hecho nacer y lo mantenían entre los paganos.

Persuadidos de que el alma era un fuego sutil que no se apagaba enteramente con el cuerpo, pero que giraba alrededor de los sepulcros, creían deber colocar allí lámparas, como símbolo del alma y de su inmortalidad. Acaso lo hacían también para honrar á los dioses *infernales*, á los Manes, á quienes pertenecían los muertos y que suponían presentes en el sepulcro con los cadáveres. Otros dos motivos parecen explicar más claramente la razón de este uso. Se quería desde luego dar testimonio del respeto hácia el difunto y perpetuar el recuerdo de sus virtudes, de su fortuna ó de su nobleza. Excavaciones ejecutadas en los monumentos funerarios confirman esta opinión mostrando que el número de lámparas crece con la ilustración del difunto. En seguida no se quería que el alma que se juzgaba presente en el sepulcro con el cuerpo, permaneciese penosamente envuelta en las tinieblas. De aquí aquellas numerosas inscripciones en donde se encuentra la obligación impuesta á los libertos de mantener lámparas encendidas en los sepulcros de sus antiguos señores. De aquí también el que el pueblo que no tenía el medio de encender una lámpara, la costumbre de que ya hemos hablado, de desear al muerto que la tierra le fuese ligera y leve á el aire tranquilo, y la de depositar en su sepulcro flores y perfumes. 1

1 Ne anima, in tumulo cum cadavere cinere, que manere putata, tamdiu misere jaceret in tenebris. . . . cui minoris fortunae homines infi-

Así, el respeto á los muertos y un homenaje á la divinidad, fueron entre los paganos el origen de las lámparas funerarias. De estos dos motivos, el cristianismo abolió el segundo, que era supersticioso, y consagró el primero fundado en los sentimientos más respetables de la naturaleza. ¿Qué digo? no contento con consagrarlo lo ennobleció.

Guiados por una filosofía superior á la razón, los primeros fieles colocaron un gran número de antorchas y de lámparas en los sepulcros de sus hermanos, y sobre todo mártires, para hacer notable su respetuoso afecto hácia aquellos ilustres muertos. Del mismo modo que los paganos acompañaban con antorchas encendidas á sus grandes hombres ó á sus triunfadores al subir al Capitolio, así los cristianos acompañaban con un numeroso lumínar á sus parientes y á sus amigos, vencedores del mundo, y que subían al Capitolio de la eternidad. 1

Esta costumbre era para ellos tan consoladora y tan sagrada, que aun el temor de las persecuciones no podía impedirles el satisfacerla. Entre mil ejemplos citaré el de la ilustre matrona Santa Sofía. Habiendo recogido el cuerpo precioso de San Clemente, obispo y mártir de Ancyra, desafió todos los peligros, encendió una multitud de lámparas y le cubrió con lienzos de brillante limpieza. 2 Si algunas veces

maeque plebis, lucernam accendere nequientes, levem terram tranquilumque aerem precabantur, et flores odoresque tumulo imponebantur. —Para que no se pensara que el alma permanecía con el cadáver y la ceniza, cuando tal vez yacía miserablemente en las tinieblas. . . . los hombres de escasa fortuna y de la ínfima clase del pueblo, que no podían encender fuego, rogaban á la tierra que fuese leve y al aire tranquilo, y ponían flores y olores en el sepulcro." —Lact., *De Lucernis antiquorum*, tít. I. c. 54—61.

1 Boldetti, p. 525.

2 Sallicitudinem omnem solvens et moerorem, lucernarum accendit multitudinem, et tollens

el peligro era demasiado inminente y demasiado grave, se depositaban con un lumínar más modesto; pero en este caso la historia ha cuidado de dar á conocer sus penas. 1

Al respeto religioso hácia los fieles hijos de la Iglesia se unía una manifestación de la creencia en su felicidad presente en un mundo mejor, y en la resurrección futura. Las lámparas traducían á su modo estas palabras tantas veces grabadas en los sepulcros: *In pace, bibas in Deo, bibas in aeternum*. Proclamamos, decían ellas, por esas luces innumerables, que los santos han dejado la vida teniendo en sus manos la lámpara de la fe, y les felicitamos por haber entrado en la ciudad de la luz, en donde, según la expresión como del mismo Espíritu Santo, brillan como astros y soles en el firmamento de la eternidad. 2

No solo en la sepultura de los mártires se encendían lámparas y antorchas; igual homenaje de respetuoso amor, el mismo testimonio de fe ardiente se renovaba en los aniversarios de su gloriosa muerte. Cuando se dió la paz á la Iglesia, se continuó cumpliendo este deber, si no con más fidelidad, á lo ménos con mayor solemnidad. El clero y el pueblo de la ciudad santa, formados en grandes procesiones, bajaban con antorchas en las manos á las galerías de las Catacumbas magníficamente iluminadas. Los pontífices celebraban los santos misterios en las

corpus, mundis vestibus et linteis involvit. —"Desplegando toda solícitud y con gran pena, encendió multitud de antorchas, y tomando el cuerpo, le envolvió en finísimos y limpios lienzos." —*Apud Bolland.*, 23 de Enero.

1 Id., 21 de Enero.

2 Ad significandum lumine fidei illustratos sanctos decessisse, et modo in superna patria lumine gloriae splendere. —"Para significar que los santos murieron iluminados por la fe y que brillan en la patria celestial con la luz de la gloria." —S. Hieron., *contr. Vigil. et in. Vita Paulae*.

cryptas venerables, y los mártires de la paz acababan de empaparse en la sangre divina y en el espíritu de los mártires de la persecución. 1 A fin de asegurar la perpetuidad de una costumbre tan preciosa, se fundaron rentas para iluminar las Catacumbas en los domingos, las vigiliass y fiestas de los mártires. 2

Ahora se explica la prodigiosa cantidad de lámparas de todas clases halladas en los cementerios cristianos. Los emblemas que los distinguen, no ménos que su multitud, su materia y su forma atestiguan elocuentemente la fe de nuestros padres. Salvo un pequeño número de bronce, son generalmente de tierra cocida, la mayor parte de un trabajo sencillo y grosero; pero todas afectan la forma simbólica de una navecilla. En una de las extremidades se encuentran uno ó dos picos para las mechas; en la otra una pequeña asa, y en el medio una á dos aberturas para verter aceite: el todo está acompañado muchas veces de dos anillos de los cuales parte una doble cadenilla terminada por un gancho que sirve para colgarla de las bóvedas de las cryptas ó de las paredes de las galerías. Este aparato se encuentra sobre todo en las lámparas de los sepultureros; porque las otras se colocaban en las consolas ó en los nichos. A fin de hacer palpable la descripción de aquellos objetos tres veces venerables por su edad, por las manos que los han tocado y por el uso á que han servido, hemos mandado grabar uno de ellos que se encuentra en el plano al fin de este tomo.

Nada más instructivo que la lámpara

1 Feria quarta in hebdomada quarta, quando clerici vadunt cum cruce per caemeterium, ad S. Paulum et S. Anastasium, totum altare est clericorum. —"En la feria quarta, en la cuarta semana, van con la cruz por el cementerio, á San Pablo y á San Anastasio, todo el altar es de los clérigos." —*Miss Lateran.*

2 Anast., in Joann. III, et Greg. III.

de las Catacumbas. Por su forma hace palpable el destino de la Iglesia, barca inmortal que bóga en el mar tempestuoso del mundo á las orillas de la eternidad. Por solo esto, daba al simple neófito, al niño, á la pobre mujer el secreto de los designios de Dios en el gobierno del mundo. Ella le ponía también en la mano su propia imágen, la imágen de su vida y de su condicion terrestre. "Dos cosas me componen, le decía ella, la tierra y el fuego; y estas dos cosas os componen á vos mismo; la tierra es vuestro cuerpo; el fuego es vuestra alma. Como yo, debéis brillar y calentar, y como yo consumiros brillando y calentando. Yo soy el emblema del cristiano como el cristiano mismo es la imágen del Divino Maestro, verdadera lámpara en donde brillan los esplendores de la Divinidad bajo la cubierta terrestre de la humanidad." 1

Los numerosos emblemas de que está cubierta desarrollan una enseñanza general. En ellos se ve sucesivamente el monograma de Nuestro Señor, principio y fin, autor y consumidor de la fe; el candelero, imágen de la caridad; la paloma, símbolo de la inocencia; el Buen Pastor llevando en sus espaldas la oveja descarriada, tierna exhortación á la confianza y al arrepentimiento; la cruz, áncora de la salvación en medio de las tempestades de la persecución; en fin, la palma del martirio,

1 Lucerna, lumen in testa; lumen in vase; divinitas in humanitate. Vas humanitas, lumen divinitas. Praecessit Christus ferens lucernam, sequitur christianus tenens exempli semitam. Proposuit humanitatem lucentem, ex divinitate extulit lucernam, ut videamus fide, ambulemus operatione, dirigamur imitatione.—"Lámpara, luz en la cabeza; luz en la jarra vasija; divinidad en la humanidad. Vasija, humanidad, luz, divinidad. Cristo precedió llevando la cruz, sigue el cristiano tomando el sendero del ejemplo. Propuso la humanidad luciente, sacó la lámpara de la divinidad, para que veamos por la fe, obrémos con las acciones y nos dirijamos por la imitación." Hug. á S. Vict., t. I. *Annot. in Psalm.*, cLXXIX.

algunas veces la figura de un mártir triunfante, elocuente predicador de la recompensa futura. De estos detalles y de otros que sería fácil agregar, resulta que la lámpara de las Catacumbas era un catecismo en donde se encontraban explicados de una manera palpable las grandes verdades y los grandes deberes de la religion.

¡Con qué felicidad se toma en las manos aquel catecismo escrito hace diez y ocho siglos! ¡Con qué santo orgullo lee el católico de estos últimos tiempos, los dogmas innumerables de la fe! ¡Había acabado esta lectura cuando llegamos á las Catacumbas de San Calixto! ¡Salud, maravilla de la Roma subterránea, cuartel general de la gloria y del martirio, trabajo de gigantes! decidnos ¿qué manos os han edificado, qué manos os han dado á luz y os han presentado á la admiración del universo? La heroica matrona cuyo nombre brilla como un diamante entre tantos nombres ilustres que llenan los anales sangrientos de la primitiva Iglesia, Santa Lucina, discípula de los Apóstoles, fué la fundadora de aquella inmensa Catacumba. El nombre que lleva hoy le viene del Papa San Calixto, que llevando los trabajos con un ardor proporcionado á las desolaciones incesantes de las persecuciones, extendió en todos sentidos las galerías primitivas y agregó nuevas.

No se repetiría bastante, mas la mujer desde que ha sido rehabilitada por el cristianismo, se ha convertido en una potencia, en un nuevo elemento que concurre con todos los grandes hechos de la historia. Desde el Pesebre hasta el Calvario, del Calvario á las Catacumbas, de las Catacumbas al trono de los Césares, del trono de los Césares á todos los tronos del mundo civilizado, desde los tronos á las cabañas, se la sigue por la huella lumino-

sa de su abnegación y de su valor. Está asociada á todos los grandes hombres y á todos los grandes santos para producir aquellas obras, aquellas instituciones desconocidas del mundo antiguo y que son todavía la gloria exclusiva de la humanidad cristiana. ¡Honor, pues, á Santa Lucina y á San Calixto, fundadores del más hermoso, del más vasto, del más noble barrio de la gran Ciudad de los mártires!

¡Pero cuál es el nuevo Colón que descubrió aquel mundo subterráneo después de una desaparición doce veces secular? El año del Señor 1593, Antonio Bosio, vagando por el campo romano olfateaba, si me es permitido decirlo así, aquellas vastas moradas como el navegante genovés, vogando en el Atlántico, olfateaba las playas americanas. Bosio que había salido de Roma por la puerta *Capena*, llega cerca de la iglesia de Santa María *in Palmis*, deja á la izquierda la Vía Apia y se dirige por el lado de la antigua Vía Ardeatina. En un terreno desigual, perteneciente al hospicio de San Juan de Letran, percibe á flor de tierra algunos arcos de ladrillo. No duda de la presencia de una Catacumba cuyos arcos ocultan la entrada y se deja ir por la estrecha abertura.

El amor á la ciencia le da alas; se adelanta más en aquellos sombríos subterráneos. Muy pronto las galerías se estrechan y se hacen más profundas; no puede ya andar y se arrastra. Ni la dificultad de los pasos, ni el temor del derrumbe pueden detenerle; noche y día sigue su penosa investigación. Por fin, el éxito más glorioso corona sus esfuerzos; una ciudad entera se desenvuelve delante de él. Infatigable en el trabajo, inaccesible al temor, lo explora muchas veces en todos sentidos y no puede llegar, á pesar de sus largas y numerosas excursiones, á medir la extensión total de esa ciudad subterrá-

nea. A galerías se agregan galerías, al piso superior se junta un piso inferior, y es tal, según la opinión común, la dimensión de aquella Catacumba, que se extiende á la derecha y á la izquierda de la Vía Apia, de las puertas de Roma, de la basílica de San Sebastian, y de allí á *San Pablo extra-muros* y hasta *San Pablo Tres Fuentes*. 1

A medida que las visitemos, daremos á conocer los innumerables monumentos encontrados en la parte del cementerio de San Calixto descubierta por Bosio, así como las *Memorie* de la parte más antiguamente conocida.

En la basílica de San Sebastian se encuentra la entrada ordinaria de la Catacumba. Mientras el buen hermano de San Francisco preparaba las antorchas, nosotros hicimos una nueva estación en *Platonia*. Este es, como se sabe, el lugar en donde descansaron durante algún tiempo los apóstoles Pedro y Pablo. Su sepulcro tomó por excelencia el nombre de *Tumbas*, y el cementerio inmediato el de *Lugar cerca de las tumbas*. Acabábamos la corta oración que se siente uno feliz de agregar á tantas otras dirigidas aquí desde hace diez y ocho siglos por los millares de peregrinos, cuando el hermano vino á decirnos. *Signori, alle Catuscombe*. "Señores, á las Catacumbas;" y le seguimos abajo de la iglesia. Cerca de la puerta que iba á abrirse leímos la inscripción siguiente que penetra el alma de un sentimiento indefinible de respeto, de alegría, de estrechamiento y de dulce melancolía:

HOC EST COEMETERIVM CALLISTI
PAPE ET MARTYRIS
INCLYTI QVICVMQVE ILLVD
CONTRITVS ET CONFESSVS
INGRESSVS FVERIT PLENAM
REMISSIONEM OMNIVM PECCATORVM

1 Aringhi, lib. III, c. XXII.

SVORVM OBTINEBIT
 PER MERITA GLORIOSA CENTVM
 SEPTVAGINTA QVATVOR MILLIVM
 SANCTORVM MARTYRVM
 VNA CVM QVADRAGINTA SEX
 SVMMIS PONTIFICIBVS
 QVORVM IBI CORPORA IN PACE
 SEPVLTA SVNT.
 QVI OMNES EX MAGNA TRIBVLATIONE
 VENERVNT ET VT AÆREDES
 FIERENT IN DOMO DOMINI
 MORTIS SVPPPLICIVM PRO CHRISTI
 NOMINE PERTVLERVNT.

“Aquí es el cementerio de Calixto, Papa y mártir célebre; quien quiera que entre en él contrito y confeso conseguirá la plena remision de todos sus pecados por los méritos gloriosos de los ciento setenta y cuatro mil mártires y de los cuarenta y seis soberanos pontífices cuyos cuerpos descansan aquí en paz; quienes todos han venido de la gran tribulacion, y para hacerse herederos de la casa del Señor han sufrido la muerte por el nombre de Jesucristo.”

Se abre la gran puerta y bajamos á la capilla subterránea de San Sebastian. Bajamos más y hénos aquí en un inmenso laberinto formado de innumerables galerías, que huyen en zig-zag por todos lados. A la derecha y á la izquierda sepulcros longitudinales sobrepuestos los unos á los otros; sepulcros de ancianos, sepulcros de niños, sepulcros de soldados, sepulcros de pontífices, sepulcros de mártires de todas edades, condiciones y países, pero todos vacíos. La piedad ha sacado de su morada subterránea aquellas legiones inmortales de héroes y de heroínas, corona y baluarte de la Iglesia militante. Hoy, colocadas en magníficos templos, en altares brillantes de oro, de jaspe, de alabastro y de piedras preciosas esperan en medio de los homenajes del universo, el día del despertar

general para ir á tomar su lugar de honor en la Iglesia triunfante, de la cual formarán su más bello adorno.

Entre aquellos *loculi* que nada tendrán que devolver, se ven con ternura los tres *loculi* de jóvenes mártires, segados por la espada en la aurora de la vida. A su lado están los sepulcros de su padre y de su madre, mártires como sus hijos. ¡Dichosa familia! Más léjos está la crypta en que fué depositada Santa Cecilia. El viejero frances siente un noble orgullo al leer la inscripcion grabada en el lugar venerable que poseyó durante catorce siglos el cuerpo virginal de la ilustre mártir:

HIC QVONDAM RECONDITVM FVIT
 CORPVS BEATAE CAECILLIAE
 VIRGINIS ET MARTYRIS
 HOC OPVS FECIT
 FIERI REVERENDISSIMVS PATER
 DOMINVS GVILLELMVS
 ARCHIEPISCOPVS BITVRVCENSIS
 ANNO DOMINI M. CCCO. IX.

“Aquí descansó en otro tiempo el cuerpo de Santa Cecilia, vírgen y mártir. Este pequeño monumento ha sido hecho por orden del reverendísimo padre el señor Guillermo, arzobispo de Bourges, el año del Señor mil cuatrocientos nueve.”

Siguiendo adelante se encuentra el *Area* es decir, el pequeño lugar por siempre célebre en que San Felipe Neri fué durante doce años de su vida á pasar la noche en oracion. ¿Por qué aquella asiduidad sin ejemplo en la historia? Tenemos gusto de completar aquí la respuesta á aquella hermosa pregunta, tratada ya someramente el 22 de Diciembre. Hace cuarenta siglos Israel estaba en marcha hácia la Tierra Prometida; los Amalecitas le cierran el paso y juran exterminarle. Sus grandes batallones se agitan y se llegan á las manos; Israel está amenazado de un exterminio completo. Moisés sube á la

montaña solitaria desde donde contempla la faz del combate. Durante todo el tiempo de la lucha levanta sus manos suplicantes hácia el Dios de los ejércitos, y su oracion, más poderosa que las legiones de Amalec, fija la victoria en los estandartes de Israel. El ejemplo del legislador antiguo, revelacion memorable del orden providencial, tipo luminoso de la conducta indicada á los jefes de las naciones en los momentos solemnes, nunca ha sido olvidado en la Iglesia y siempre fué imitado con buen éxito por los Moisés de los siglos cristianos.

Atravesaba la Iglesia el siglo décimosexto. Lutero, poderoso órgano de todas las pasiones de los reyes y de los pueblos, ha convocado y llamado á todos los enemigos del catolicismo; la lucha se compromete, gigantesca lucha que arroja el sacrilegio y la apostasia hasta en el santuario y que cubre á la Europa de sangre y ruinas. Felipe Neri, el santo de Roma, ha visto la faz del combate. Ha comprendido que el hombre solo es demasiado débil contra el infierno. Acompañado de San Carlos Borromeo, como Moisés de Hur y de Aaron, se retira á la profunda soledad de las Catacumbas. Durante diez años levanta sus manos al cielo y pide al Arbitro Supremo el triunfo de la Iglesia. Llama en su ayuda á los dos millones de mártires que descansan á su alrededor; y la voz de la sangre mezclada á la voz de la fe, sube al cielo rápida como el relámpago, poderosa como el amor. El rayo parte, se siembra la division en el campo enemigo, y como á los constructores de la torre de Babel, no les queda á los reformadores orgullosos más que la burla del mundo.

Era justo que un monumento recordase á las generaciones el teatro de aquella gloriosa victoria; ó como diria Bossuet,

el lugar de donde habia salido el golpe vencedor. El cincel de Algardi y la pluma del célebre Rondanini han llenado noblemente este deber. Se puede ver en la iglesia de San Sebastian el bajo relieve que representa al Moisés del siglo décimosexto en la actitud del combate, y en las Catacumbas la inscripcion que canta su victoria. Hé aquí el principio:

CAECVS HIC LOCI SQUALOR ET ILLUSTRUM
 MARTYRVM SANGVINE
 ADHUC STILLANS, AT S. PHILIPPI NERII LONGO
 DECEM ANNORVM
 DOMICILIO ILLUSTRIOR, ETC.

“Este sombrío lugar, ilustrado por la sangre de los mártires, de la cual está húmedo aún, lo ha hecho más ilustre San Felipe Neri por su larga permanencia de diez años en él.”¹

La mayor parte de los viajeros se contentan con visitar la parte del cementerio de San Calixto de que acabamos de hablar. Hay otro de difícil acceso, mucho ménos explorado que el primero y por esto más interesante á los ojos del arqueólogo; á él llegaremos mañana.

Al dejar aquellas cryptas venerables queda grabada la gran figura de San Felipe Neri en el alma del viajero; se anda sobre un suelo de toba que él ha pisado con sus piés y regado con sus lágrimas; se le ve, se le oye, y todos los ecos de las galerías parecen repetir sus suspiros. Pero lo que se agrega á la gloria de aquel ilustre santo, lo que le muestra en verdad como el hombre providencial es el doble recuerdo que acaba de agregarse al primero.

Felipe Neri á quien puede llamarse no solo el Moisés, sino tambien el Josué de la Iglesia en el siglo décimosexto, no se contenta con obtener por sus oraciones el triunfo inmediato de la verdad; manda á sus dos ayudantes de campo que la consuelen y la venguen por una larga série de siglos.

¹ Aringhi, lib. III, c. XII, p. 277.

El protestantismo arroja al viento las cenizas de los mártires; y como Rachel, las desoladas iglesias de Francia, de Inglaterra y de Alemania, derraman lágrimas inconsolables. A este primer sacrificio el protestantismo añade otro. Los centuriones de Magdeburgo toman la Iglesia desde su cuna y la siguen paso á paso en aquellas diferentes edades, la someten á los azotes sangrientos de la calumnia, luego la entregan á la irrisión y al desprecio de la multitud.

Felipe Neri muestra con una mano las Catacumbas á Bosio, y bajo los pasos del nuevo Colón la gran Ciudad de los mártires descubre sus ocultos esplendores; la Roma subterránea se convierte en una mina fecunda que llena la Iglesia de riquezas y de consuelos inesperados. De sus entreabiertas tumbas salen legiones de mártires; ellos reemplazan á sus antepasados en los altares del universo y el antiguo buril que habia escrito en sus monumentos diez y seis veces seculares los dogmas católicos, graba en la frente del protestantismo los estigmas afrentosos de la calumnia y de la novedad.

Con la otra mano Felipe enseña á Barónio, su discípulo querido, á la Iglesia de los siglos indignamente ultrajada por la pluma de los novadores. Barónio comprende, y hé ahí que con los aplausos de la Europa se levanta un monumento inmortal en el cual están grabados por la mano de la Verdad y del Génió, los fastos gloriosos del catolicismo. La Iglesia está vengada y consolada; vengada por los *Annales ecclesiasticos*, consolada por las *Catacumbas*, doble gloria del humilde Felipe Neri. En vano el error extremoso arroja aullidos de rabia, en vano trata de moverse bajo el peso que le despedaza; su mano, débil como la del Arabe, fugitivo habitante del desierto, no puede desprender una

piedra de las inmóviles pirámides que proclaman su derrota y su vergüenza.

6 DE ENERO.

Bendición del agua para los enfermos.—Nueva visita á las Catacumbas de San Calixto.—Los *Cubiculos*; *Cubiculo Claro*.—Antigüedad de los *Cubiculos*.—Palabras de San Jerónimo.—Tres especies de *Cubiculos*.—Orígen.—Cuidado y respeto de la Iglesia por los *Cubiculos*.—Orden de los *Cubicularios*.—Bajada á las Catacumbas de San Calixto.—Gloriosos recuerdos de las persecuciones, de los Papas y de los mártires.

Al despuntar la aurora, el cañon del castillo Sant-Angelo anunciaba la vuelta del día memorable en que el sol de la verdad se levantó sobre las naciones sentadas en la sombra de la muerte. Los habitantes, reconocidos á este beneficio, de que el mundo goza todavía, acudian á las iglesias; todo trabajo se habia suspendido. La capilla de la Propaganda reunia á los sacerdotes del Oriente y del Occidente, que celebraban en el mismo altar, ofreciendo á la misma víctima la vocacion de todos los pueblos á la fe. Al gran espectáculo de la variedad de los ritos en la unidad del sacrificio, quisimos agregar el de la variedad de las oraciones en la unidad de una misma costumbre, esperando la felicidad de ver en las Catacumbas la variedad de los suplicios y de las víctimas para la defensa de la misma religion. Despues del cielo, resplandeciente morada en que todas las edades, todas las condiciones, todas las lenguas, todas las tribus, están coronadas en la eterna unidad del amor, yo dudo que haya algo más bello que este triple espectáculo.

Llevados por este pensamiento nos trasladamos sucesivamente á la iglesia de los

Estigmas y á la iglesia de San Atanasio. En una y en otra fuimos testigos de la bendición del agua que, segun la antigua costumbre, bendice la Iglesia de Roma cada año el día de la Epifanía para el consuelo de los enfermos. En los *Estigmas* la venerable bendición se hace en el rito latino, en San Atanasio segun el rito griego. Por todas partes se encuentra, haciendo á un lado la forma del lenguaje, la pompa grave y solemne del catolicismo, la maravillosa poesía de sus cantos tan sublimes y tan sencillos, la dulce unción de sus oraciones, el simbolismo elocuente de sus ceremonias y su inviolable fidelidad á las santas tradiciones de los tiempos apostólicos.

¿Cuál es aquella bendición tan nueva para nosotros y tal vez completamente desconocida de un gran número de cristianos? El Evangelio nos enseña que Nuestro Señor fué bautizado en el Jordán, y los más antiguos Padres están unánimes en fijar la época de aquel acontecimiento en el sexto día de Enero. Entónces fué cuando el hijo de Dios regeneró con su contacto santificante las aguas que él habia sacado de la nada y que el mal habia manchado como á todo el resto de la creación. En memoria de este beneficio, la Iglesia bendice el agua el mismo día, y cierta de que recibe de la palabra divina una virtud saludable, la distribuye á sus hijos para curación de sus males. Que esta confianza no es vana, lo demuestran brillantes y perpétuos milagros. Son tales que los enemigos más encarnizados de la Iglesia católica reconocen su autenticidad. 1

Esta costumbre seguida en nuestros días todavía en el Oriente, aun por las

1 Citaré entre otros á dos sabios de primer orden entre los protestantes: Casaubon, *Exercit.* 13, p. 10; y Cave, *Hist. litter., dissert. 2, de libris et officiis Groecorum*, p. 179.

sectas cismáticas, Roma, guardiana de todas las santas tradiciones de la fe, así como de las inspiraciones de la caridad primitiva, la conserva con honor y la practica con buen éxito. 1 ¡Y la incredulidad tendría á bien ponerlo en duda! Ella, que niega á Dios el poder de dar á los elementos y á los signos sagrados una virtud curativa, ¿no la hemos visto durante el *cólera morbus* llevar sobre sí á guisa de escapulario un pedazo de alcanfor para preservarse del azote? ¿No la vemos bajar de día en día hasta la idolatría de la ciencia médica y algunas veces hasta las ridículas prescripciones del charlatanismo y de la magia?

Al salir de la ceremonia volamos á tomar el camino de la Vía Apia. Cuando hubimos llegado á las viñas que cubren aquella parte del campo romano, nuestro excelente guía nos mostró muchas entradas á las Catacumbas de San Calixto. Se buscó la ménos difícil y desaparecimos en los subterráneos del vasto cementerio.

1 Haec dies est qua baptizatus est et aquarum naturam sanctificavit. Idcirco etiam in hac solemnitate sub mediam noctem omnes, cum aquati fuerint, domum Latini referunt, et per integrum annum conservant, utpote quod hodierna die sanctificatae sint aquae: fitque miraculum evidens cum nihil temporis longinquitate aquarum illarum natura vitiat, sed integro anno atque adeo biennio et triennio saepe quae hodie fuit hausta incorrupta et recens permanet ac post tantum temporis cum iis quae fuerint e fontibus eductae certat.—“Este es el día en que fué bautizado y en que santificó la naturaleza de las aguas. Por eso en esta solemnidad á la media noche, cuando reciben la agua los latinos, la llevan á sus casas y la conservan por todo un año, como si diariamente fuesen santificadas las aguas; y se hace evidente el milagro cuando se vé que no se vicia la naturaleza de las aguas por un largo trascurso de tiempo, sino que en todo el año y hasta en dos ó tres, muchas veces se saca sin haberse corrompido y parece reciente despues de tanto tiempo, como si acabase de salir de una fuente.”—S. Chrys., *Hom. XXIII, De Baptismo Christi*. Lud. Thomass, *De Festis*, lib. II, c. 7, *ad. an. Christi*, 29, p. 7. Sandini, *Hist. famul. sacrae*, p. 76, etc.